

LA CONCIENCIA HISPANOAMERICANA

SEGUN LEOPOLDO ZEA

ALICIA VARGAS DE FOURNIER

En vez de tratar de resolver nuestros problemas por el camino dialéctico, los hispanoamericanos no hemos hecho otra cosa que acumularlos. Aún no se resolvía la contradicción entre el conquistador y el conquistado, cuando decidimos hacernos republicanos, liberales y demócratas, conforme al modelo que nos presentaban los grandes países modernos, especialmente los sajones . . .

Este párrafo resume un largo razonamiento que culmina en el análisis de la conciencia histórica hispanoamericana que Leopoldo Zea expone como introducción a su estudio sobre el pensamiento latinoamericano. Dicho razonamiento aparecerá constantemente a lo largo de su libro aplicado al análisis particular de cada forma de aquél pensamiento. Por eso es interesante tratar de fijarlo a través del comentario.

Su discurso lo inicia Zea con la definición ontológica del ser histórico del hombre. "El hombre es lo que ha sido, lo que es y lo que puede llegar a ser". (1). Esto es válido no sólo para el hombre en general, sino también para el hombre concreto. Sin embargo, éste interpreta los momentos del desarrollo en el tiempo de la existencia humana de manera diversa, según el grupo o sociedad a que pertenezca. Así, algunos pueblos (¿o culturas?) subordinarán el presente y el futuro al pasado, otros pondrán el acento en el presente o en el futuro. "El movimiento de la historia, su

dialéctica, se orientará a la conservación del pasado, a la esperanza expectante en el presente o al cambio permanente en el futuro". (2). ¿En cuál de estos momentos pone el acento el latinoamericano? Para explicarlo Zea se coloca en el inicio de la Edad Moderna, en la etapa histórica en que la cultura occidental se bifurca en dos actitudes de pensamiento, una pretende conservar el pasado, no salir de la Edad Media y otra que mira hacia adelante, hacia la ruptura del orden Universal católico a través del reconocimiento de la libertad de conciencia del individuo. Ambas corrientes pretenderán trasladar sus soluciones a un terreno virgen de la historia occidental: América. La América sajona tratará de crear un nuevo orden, un mundo determinado por la dimensión del futuro en permanente proceso de construcción.

La América Ibero tratará de prolongar el pasado, empeñada en conservarlo. Tarde o temprano los pueblos iberoamericanos tratarán de romper con ese pasado negándolo. Sin transición, pasan de una actitud a otra. En el cambio de la colonia a la vida independiente se presentó esa renuncia al pasado, por parte del iberoamericano. "El occidental, en una secuencia natural, pasaba limpiamente del pasado al presente y de éste al futuro, dentro de su idea de evolución y progreso. El ibero no: éste parecía anhelar algo distinto de lo que era y de lo que había sido". (3)

El iberoamericano en vez de asimilar al pasado, de superarlo dialécticamente negándolo, pero

incorporándolo a su ser, se amputa una parte de ese ser histórico, lo destruye vistiéndose con formas existenciales tomadas de prestado de otras culturas, porque no quiere, de manera radical, ser lo que fue; el pasado le estorba para llegar a ser otra cosa de lo que es. Sin embargo, al romper la secuencia dialéctica, el tan ansiado futuro, el nuevo ser, no llega porque no tiene asidero en la realidad y se convierte en un desear, en una ilusión sin posibilidades de realizarse. El latinoamericano vive, pues, en un presente expectante.

Al llegar a este punto, el autor recurre al análisis fenomenológico de Ernesto Mays Vallenilla, en cuya definición del americano como un ser cuya característica es no-ser-siempre-todavía, encuentra apoyo su planteamiento ontológico. La expectativa es encontrarse al borde de todas las posibilidades. Es estar siempre preparado a lo que llegue, a lo que se presente. Un modo de devenir no evolutivo, sino a saltos. Esta actitud asume a veces la forma del mito del "Continente del futuro". Estar al borde de todas las expectativas no significa que todas éstas sean buenas. Lo anterior es el aporte útil del pensamiento del filósofo venezolano al hilo del razonamiento de Zea. El autor cita a otro pensador el pasar a la siguiente etapa de su discurso. O'Gorman define el ser del latinoamericano como "un ser otros para sí mismos". (4)

El latinoamericano se ha servido del pensamiento ajeno, de todos los "ismos" europeos, para cambiar su realidad, para "ser —otra— cosa" de lo que es. Con ese objetivo es como, en etapas sucesivas demuestra historia hemos sido racionalistas, liberales, positivistas, historicistas, socialistas, y, agregamos nosotros, en épocas recientes, desarrollistas. Con este punto nuevo de apoyo, el autor se pregunta: ¿qué es lo que hemos buscado en el llamado mundo occidental? Fundamentalmente dos cosas: técnicas de convivencia que protejan y garanticen el interés y la libertad individuales, por una parte, y técnicas que nos permitan dominar el mundo de la naturaleza. En esta preocupación nos acompañan en nuestros días todos los pueblos liberados o en vías de liberarse del yugo colonial. Ahora bien, las técnicas de convivencia que queremos incorporar a nuestras realidades chocan con nuestra tradición, con la sobrevivencia de nuestro pasado; los hábitos y costumbres también han sido un obstáculo para la aplicación de la tecnología al mundo natural, con una agravante, que los pueblos tomados como modelo también obstaculizan ese proceso. Pero, ¿hasta cuando y hasta dónde debe

prolongarse este "ser otros para ser sí mismos"?

El latinoamericano toma estas técnicas como algo externo a la esencia de su ser, como un instrumento periférico de esa realidad existencial suya, que lamentablemente todavía no logra definir claramente. Existe una idea ibérica del hombre, que es un especial humanismo, una idea del hombre a la que el latinoamericano se adhiere, una voz de la antigua comunidad cristiana que le llega de su pasado cultural. El autor busca la filiación de esa idea y la encuentra en el siglo XVI, en el momento en que se consolida la actitud intelectual ibérica que pretende la cristianización de la modernidad por la fuerza. Esa cristianización de la modernidad había proclamado el reconocimiento de la condición de ser humano a todos los hombres, sin discriminación de raza, color o cultura. Pero, como lo expresa Fernando de los Ríos, a quien cita el doctor Zea, los partidarios de la unificación de la conciencia española por la fuerza, lejos de unirlos, la dividieron para siempre y desde entonces en la historia de España se desarrolló un drama de dimensiones universales: el dilema de la libertad espiritual.

La libertad espiritual es para Zea el meollo de la historia de los pueblos iberos. Está en oposición al catolicismo, pero no es la misma libertad racionalista de los demás occidentales, ni se opone tampoco al viejo ideal de la comunidad cristiana. Las instituciones democrático-liberales, técnicas de convivencia adoptados en busca de un futuro mejor, tienen en el pensamiento iberoamericano un sentido diferente. No se conciben con una fundamentación individualista sino como medios para lograr una comunidad de personas que trasciende los intereses particulares de sus miembros. Este ideal de comunidad encontrará su más alta expresión en el pensamiento de Simón Bolívar.

Prescindimos del análisis del pensamiento de Bolívar y de la discusión sobre el sentido de universalidad de la filosofía en general, y de la filosofía latinoamericana, en particular, en nuestros días. Son temas de gran interés pero deseamos llegar pronto al tema que nos preocupa: la conciencia histórica del liberoamericano según Zea. El autor se encuentra, dentro de esa conciencia histórica, con el sentimiento de dependencia. Repite uno de sus planteamientos iniciales el desarrollo no dialéctico de nuestra historia y lo hace con las palabras del propio Hegel. El razonamiento de que el hombre es lo que ha sido, lo que es y lo que llegará a ser, aparece aquí modificado con la ayuda

de Ortega. El pasado forma parte de nuestro presente en el tanto en que ya no somos lo que fuimos. Ese es el condicionamiento, la forma especial de actuar del pasado en nuestro ser histórico: fuimos algo y por esa razón no volveremos a serlo. Pero si no hemos dejado de ser algo, ese algo no está incorporado al pasado, no ha sido negado y pertenece todavía a nuestro presente. Los latinoamericanos pretendemos haber sido conquistadores, conquistados, coloniales, conservadores y revolucionarios. Pero estas formas de pensamiento y de vida, en su contenido verdadero, ¿han dejado de actuar en nuestro presente? ¿Se han incorporado de manera total al pasado? ¿No conviven ya con nosotros En la base de todas estas sucesivas superposiciones actuando todavía en nuestro presente, negadas en apariencia, pero vivas en nuestras realidades, están la conquista y la colonia y de ellas dependemos todavía. Nuestra historia no ha vivido períodos completos, puesto que las etapas anteriores del devenir histórico no se han liquidado. Hemos adoptado soluciones aparentes, procedentes de otras culturas, pero las hemos vivido de manera auténtica, porque nuestra realidad es diferente. En pleno siglo XX los postulados del liberalismo político del siglo XX europeo, todavía no se han cumplido en muchas de las naciones de nuestro continente. Sin embargo, hemos sido liberados en el sentido doctrinario y los derechos del hombre aparecen en todas las constituciones de iberoamérica, su valor es puramente semántico. Las revoluciones de contenido social se han "congelado", nunca han llegado al fondo de los problemas, ahogadas por una compleja maraña de soluciones incompletas acumuladas. En el fondo de nuestra historia están todavía presentes la conquista y la colonia.

A pesar de lo anterior, en el campo puro del pensamiento, hemos negado nuestro pasado. Esto equivale, según el autor, a una amputación de nuestro ser histórico. Negamos a España sin asimilar su legado: por lo tanto, esta negativa no dialéctica, ha traído como consecuencia una historia muy especial, una historia llena de contradicciones aún vivas que no llegan a una síntesis; por eso nos caracterizamos desde el punto de vista ontológico, por ese ser un-no-siempre-todavía, de que habla Mayz Vallenilla.

El afán de construir una nueva historia aparece como un proceso ficticio del pensamiento iberoamericano vivido, a veces, con plena buena fe,

pero no en la correspondencia con la realidad. El pasado lo lleva al hispanoamericano en todo su ver. La tabla rasa fue una pretensión no cumplida. "El futuro no acaba de hacerse presente, ni el pasado de hacerse pasado. La utopía en vez de realizarse, se fue alejando cada día más." (5)

Las antiguas fuerzas renacen constantemente. Todavía se pelea por la colonia. La historia de las ideas por eso tiene una gran actualidad y el análisis del pasado puede contribuir a que lo asimilemos e integremos dialécticamente a lo que fuimos, a lo que ya no es presente.

No es contradictoria la construcción de todo este discurso sobre dos puntos de partida aparentemente antagónicos. Hemos negado nuestro pasado, pero la vivimos en la realidad. Se trata de un análisis del pensamiento y es el pensamiento iberoamericano el que ha negado ese pasado. Las condiciones objetivas de nuestra realidad han seguido un rumbo diferente. Esa disociación de realidad y pensamiento puesta en forma más explícita, habría hecho más clara la exposición de esta primera parte del libro de Zea, que es fundamental para la comprensión de la obra. Ciertamente las etapas de la evolución histórica latinoamericana no han tenido un momento de liquidación clara y definitiva como ha sucedido en la historia europea. Hoy el desarrollo industrial coexiste en nuestros países con formas coloniales de explotación agrícola y ambos, lejos de ser antagónicos, se refuerzan y consolidan mutuamente. Un sistema no engendra la negación del otro de manera radical, como sucedió en Europa. Las leyes de la dialéctica de las condiciones objetivas, no del pensamiento, de nuestra realidad socio-económica, parecieran seguir un camino diferente en virtud de esta extraña superposición de sistemas. Urge, en consecuencia, un análisis de esa realidad sui-generis, descubrir su mecánica, sus constantes, para, conforme a ellas, evolucionar hacia el futuro, es decir, liquidar el pasado.

Ahora bien, para ese fin, la asimilación dialéctica del pasado es apenas una de las operaciones del pensamiento necesarias, pues la transformación de las condiciones de la realidad socio-económica, en definitiva, sólo podrá ser fruto de la acción política, que es la única que comprende todos los momentos de la evolución histórica: pensamiento, estructuras de convivencia y dominio de la naturaleza.

NOTAS

- (1) Zea, Leopoldo. *El Pensamiento Latinoamericano*. Pág. 1.
- (2) *Ibid.* Pág. 2.
- (3) *Ibid.* Pág. 4.
- (4) *Ibid.* Pág. 11-12.
- (5) *Ibid.* Pág. 10.

BIBLIOGRAFIA

ZEA, LEOPOLDO. *El Pensamiento Latinoamericano*. Tomo I, Editorial Permaca, S.A. de C.V. México D.F. Primera Edición 1965.

